

Una página de la historia de Córdoba

SEÑORES ACADÉMICOS:

Perdonad que por disposiciones reglamentarias alce su humilde voz en este solemne acto, en este momento, el más importante de su vida literaria, aquel a quien habéis elevado a una altura, a la que nunca pensó llegar, a la vuestra señores, honrándole con la designación de Numerario de la Academia de Ciencias de Córdoba.

De esta secular Academia, que el inquieto espíritu del ilustre Arjona forjara en un ya lejano día para bien de las Ciencias y las Artes y que ha tenido la gloria de contar en su seno hombres de reputación mundial, cuyo recuerdo me empequeñece y me haría enmudecer si la gratitud y el reconocimiento a los que con su bondad para juzgar mi obra me trajeron a este sitio que inmerecidamente ocupo, no me alentaran en mi labor obligándome a seguir, siquiera sea con torpes pasos, el sendero que ellos marcaron en la vida de esta centenaria Academia.

Mas, si hombres de preclaro talento me precedieron y el prestigio de sus obras sostiene este solar de la cultura cordobesa, a falta de méritos, vengo a vosotros con una voluntad grande y un cariño inmenso a la ciudad en que nacieron mis hijos y que guarda las cenizas de mis padres.

A Córdoba, grande por sus santos, por sus sabios, por sus héroes, por sus artistas, quiere dedicar esta noche el más modesto de todos sus escritores, el esfuerzo de su inteligencia.

He querido dedicar este trabajo a esclarecer algunas páginas confusas de la historia de Córdoba y a reivindicar la memoria de un cordobés insigne, de un cordobés cristiano y caballero, que dió su vida por la lealtad y por la fe jurada a su rey. A un cordobés olvidado, digno por todos conceptos de que su nombre figure entre los más gloriosos de la vieja Córdoba, pues con su heroísmo desgraciado, dió más laureles y más gloria a nuestra ciudad, que los torpes actores de aquellos sucesos que a la ligera vamos a exponer.

Y si los hechos que han de merecer vuestra atención indulgente son grandes, comparad mi pequeñez con la importancia del intento, que raya-

rá en la osadía si no moviese mi ánimo el amor a Córdoba y el respeto y la consideración que merecen los ilustres hombres que me precedieron en la Academia y en particular la memoria del que ocupó esta plaza para la que he sido designado: el insigne compositor don Cipriano Martínez Rucker.

Permitid, señores, que dedique un merecido recuerdo a la obra de este artista singular, cuya memoria recompensó ya Córdoba con el homenaje que los pueblos tributan a sus hijos ilustres:

De poeta de la música, califícole con singular acierto el eminente maestro Bretón, y en verdad que sus composiciones, impregnadas de la melancolía ideal, de la tristeza andaluza que saturaba su alma soñadora y romántica en pugna con el materialismo y la incomprensión ambiente, son verdaderos poemas que hacen remontar el espíritu en alas del entusiasmo.

¿Quién no se dejó seducir por la fantasía evocadora de sus *Noches de Córdoba*? ¿Puede darse algo más delicado y de más bellos matices que su *Capricho Andaluz*?

Durante su vida artística, le vemos seguir su ruta ideal cual viajero extraño, sin más compañía que la de su espíritu enamorado de la belleza y, de esta forma, continuar por el áspero sendero hasta sobresalir en el arte sublime de la música, cuyos secretos logra dominar en absoluto.

Dedicado desde los primeros años de su vida al estudio del piano y de la composición, no contaba aún diez y ocho cuando estrenó su primera obra en el teatro del Príncipe Alfonso, de Madrid. Posteriormente, pensionado por la Excm. Diputación, marchó a Oporto, donde perfeccionó y amplió sus estudios bajo la dirección de Giovanni Franchini, preclaro discípulo de Mercadante.

De regreso a Córdoba, sus producciones son ya rotundas, vibrantes y majestuosas, recordando por su forma a Schubert, Mendelssohn y Schumann, cultivadores afortunados de la música *pura*, aunque matizada en Rucker de nuevos acordes, de nuevas modulaciones y de bellas evoluciones polifónicas...

Las que pudiéramos llamar taras hereditarias pesaban sobre la fantasía creadora de Martínez Rucker y en el *academicismo* de su estilo se marcó siempre la influencia de las civilizaciones pretéritas que culminaron en Córdoba.

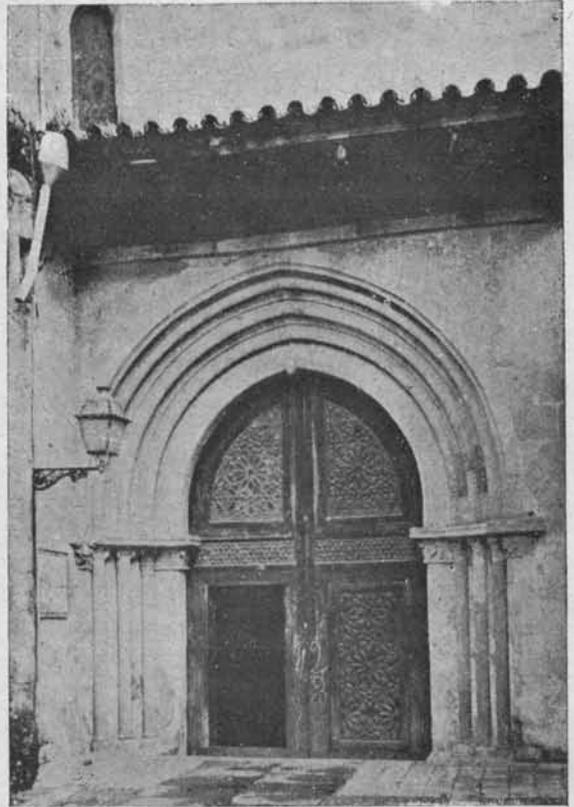
La espiritualidad y el ambiente únicos de Córdoba, flotan en sus composiciones, y penetrando en nuestro corazón le hacen remontar a las esferas más espirituales de la belleza.

Cristaliza el arte poético musical de Martínez Rücker, y a partir de este momento su nombre traspuso las fronteras, y por todas partes resonó con aplauso. Las más afamadas orquestas, los más eminentes artistas como Bretón, Sarasate, Monasterio, Tragó y Zubíarre, sancionan con su interpretación las obras musicales de este benemérito cordobés.

Las Academias nacionales y extranjeras le llaman a su seno, y cuando rinde la jornada de la vida lega a la posteridad y al tesoro del arte de la Ciudad Sultana, las obras cuyo elogio no he de trazar, puesto que de todos vosotros son conocidas.

Cumpliendo las leyes de la vida fuese para no volver, dejando en esta

Portada de San Pablo construída en el año de 1241, en la que se admiran bellos capiteles árabes.



secular Academia cordobesa, útiles y fructuosas enseñanzas, encaminadas a inclinar el ánimo de los pueblos hacia los nobilísimos sentimientos del arte.

* * *

Hace algunos años, cuando un hombre ilustre de la Iglesia que llegó a ocupar un importante puesto en el episcopado hispano-americano, se afanaba por la restauración de la iglesia de San Pablo, visité sus naves en unión de otros compañeros, y fué para nosotros una suerte que aquel esclarecido varón que antes citaba, y que casi todos conocisteis, el R. Padre Pueyo, a quien Córdoba debe gratitud y a cuya memoria dedico este me-

recido recuerdo, se encontrase entre los obreros que restauraban el templo y, sin conocernos, gustoso, nos sirvió de ilustrado y amable cicerone.

Desde aquel día he tenido el propósito de dedicar unas cuartilla a la «bella página de la historia de Córdoba» que guarda la Capilla del Rosario de San Pablo.

La bella página a que el P. Pueyo se refería, es una severa lápida de mármol negro, en la que bajo un escudo heráldico, con la cruz de Calatrava, reza esta sencilla inscripción:

AQUÍ YACE EL MAESTRE DON MARTÍN
LÓPEZ QUE DIOS DE SANTO PARAISO;
CRIADO DEL SEÑOR REY DON PEDRO
EL CUAL MURIÓ COMO NOBLE CAVALLERO.

Llamó entonces nuestra atención, que en dicho epitafio menciona ser criado del rey don Pedro, muerto noblemente, y en todas las historias que habíamos leído aparecía este caballero muriendo a manos del verdugo y con una muerte infamante, que no era costumbre dar a los hombres de su condición. ¿Qué contradicción era ésta?

Vamos a intentar desvanecerla, haciendo antes una indicación precisa que evite torcidas interpretaciones a nuestro intento.

Antes de ocuparnos, siquiera sea a grandes rasgos, de los hechos en que interviene la gran figura del Maestre don Martín López de Córdoba, hemos de hacer una salvedad importantísima; y es, que para hacer la justicia debida a la memoria de aquel cordobés insigne, mártir del honor y esclavo de la lealtad, seríanos preciso derribar falsos pedestales y recorrer el engañoso manto de nobleza que orgullosamente lucen en la historia hasta nuestros días, los actores y descendientes de los que intervinieron en aquellos sucesos.

No es nuestro ánimo suscitar viejas pasiones y rencillas, y fieles a este propósito, solamente el amor a Córdoba y a sus glorias moverá nuestras acciones en este día y el silencio será piadoso con los que dieron mengua al historial glorioso de la nobleza cordobesa.

Sentado este precedente para mí tan necesario, veamos someramente como está escrita la historia de aquellos sucesos, y vosotros juzgaréis después de examinada imparcialmente, el crédito que tales historiadores pueden merecer.

Los historiadores de todos los tiempos—dice Gracia Dei—las más veces, mayormente los de acá, caen en un yerro notable y dañoso, que en las

cosas que tienen alguna antigüedad, por no trabajar e inquirir la verdad, se contentan en seguir en sus historias al primero que hallan haber escrito algo de lo que tratan, sin averiguar la razón que tuvo para escribirlo o si tuvo afición para callar o decir la verdad, siguiendo en ésto la costumbre de las ovejas, que sin mirar van una tras otra».

La única crónica de este reinado que ha llegado hasta nuestros días,

Portada de San
Pablo.



es la de Pedro López de Ayala, escrita después de muerto el rey Don Pedro y bajo la vigilancia de su fraticida hermano y de su hijo. En estas condiciones, fácil es suponer que no ha de ser muy imparcial en sus apreciaciones y en sus juicios. Mas, prescindiendo de estas circunstancias, ¿se encontraba capacitado, moralmente, Ayala para escribir la crónica de Don Pedro?

Mr. Loise en su «Histoire de la poesie Espagnole», editada en Bruselas, contesta por nosotros cuando dice: «Mais pour raconter, en historien veridique, les événements du regne de Pierre le Cruel, il lui fallait une conscience bien integre, car il s' agissait d' un prince contre le quel il avait pris les armes. Il n' etait donc pas dans ce conditions que Tacito demande a l' historien: sans haine et sans amour.»

Don José María Asensio y Toledo, el ilustre académico, en un trabajo publicado en 1872, nos dice que en la crónica debe siempre tenerse presente: 1.º Que Ayala fué declarado traidor por Don Pedro, en la batalla de Nájera, en la cual era alférez y llevaba el estandarte del bastardo. 2.º Que escribió la crónica después de la coronación de éste, y bajo la mirada de su señor, que le colmaba de mercedes y beneficios. En estas condiciones, no ya sin amor a Don Pedro sino con odio a su memoria ¿reune las condiciones que pedía Tácito para todo historiador?

¿Encargaría nadie a su enemigo la redacción de su historia y mucho menos si aquél había intervenido en los actos propios, en una situación vergonzosa o de inferioridad moral?

Pues bien; Ayala, enemigo personal de Don Pedro, vencido y perdonado por éste, esto es, dos veces humillado por su poder y por su clemencia; declarado traidor como partidario del rey de Aragón contra Don Pedro, es el encargado de hacer *la más verídica historia* de aquel desgraciado monarca que intentó realizar lo que años más tarde consiguieron los Reyes Católicos: someter a la nobleza de Castilla.

Empieza a reinar este rey, que por caso único en nuestra historia, su nombre ha llegado hasta nosotros cubierto de sangre y de horrores de crímenes y atropellos sin cuento, y caso también único, a pesar de toda la infamia de que se le ha cubierto, es una de las figuras más populares de la realeza y, apenas abiertos sus ojos a la luz de la vida, se repite el caso de todas las minorías y de todas las regencias de nuestra historia. La nobleza, que no gustaba de someterse a un poder, que ella discutía, y hasta despreciaba muchas veces, producía en los sitios donde más fuerte se juzgaba, la protesta más o menos descarada y procaz.

Durante los reinados de Fernando IV, Alfonso XI, Enrique III y hasta en el de la gran Isabel la Católica, la nobleza cordobesa, que se consideraba la más potente, no es de extrañar que lanzase al viento el estandarte de la rebelión, y que cordobeses fuesen sus caudillos. Este caso que se daba con tanta frecuencia, no podía faltar en los tiempos del desventurado don Pedro I de Castilla.

Todos los autores, hasta el mismo Ayala, reconocen que los primeros años del reinado del rey don Pedro fueron años de buen gobierno y de gran provecho para la Patria. Ferrer del Río, enemigo de don Pedro, dice que «Leyes muy sabias de orden público y de buena administración ilustran el reinado de don Pedro». Lafuente, poco amigo de la memoria del rey, habla del mismo en la siguiente forma: «Consuela y satisface ver a un monarca joven pacíficamente ocupado en establecer leyes justas y sabias

Interior de la iglesia de San Pablo, en la que se armonizan los estilos románico, ojival y mudéjar.



en medio de su pueblo, mostrando su justicia en la entereza con que supo deliberar contra las pretenciones de su mayor valido».

Mas esta entereza que el joven monarca mostrara en los primeros años de su reinado, fué sin duda el motivo del descontento de los *ricos-omes* de su corte, que veían como poco a poco trataba de quitarles su preponderancia y su poder contra el de la corona. Una institución, que algunos han creído de importación, colmó las desconfianzas de los nobles, que recelaban del joven rey, y fué la señal de las primeras protestas. Nos refe-

rimos a la creación del *somatén* en Castilla, como arma contra los moros fronterizos y contra las demasías y rapiñas de los señores castellanos contra los propios españoles.

El pensamiento del infortunado rey lo vemos recogido y llevado a la realidad años más tarde por el gran Cardenal Cisneros, al crear las milicias permanentes de la corona contra la nobleza, siempre dispuesta a disputar la soberanía.

Esta nobleza que sólo necesitaba una cabeza para mostrar su pujanza y su rebeldía, encuentra en los bastardos un decidido apoyo, y con ellos y con don Juan Alonso de Albuquerque se forma la liga que antes había intentado combatir al monarca, pero que desde aquel momento se había de mostrar con toda pujanza en cuantas ocasiones y por cuantos medios encontrase.

Pero faltaba algo para que esta liga inspirase la repugnancia que su conducta merece, y este algo era que al frente de ella figurase la madre del rey. Triunfantes en Toto, es sometido el monarca a las más vergonzosas vejaciones, y se encarga del Gobierno uno de los bastardos, sin que para nada se ocupen de la buena administración del reino y sí del reparto de señoríos y lugares, a los que puso término la fuga del Rey, quedando iniciada la lucha que no había de terminar hasta la muerte de don Pedro.

En esta lucha, el historiador no puede juzgar en nuestros días con la crítica fría de los hechos. Ha de trasladarse con el pensamiento a épocas distintas y a siglos remotos para vivir en otro orden social distinto por completo a éste en que nos desenvolvemos.

La confusión y el choque de los elementos heterogéneos que tendían a equilibrarse, faltos de un poder superior que los amalgamase y ordenase, hacían a España, como a toda Europa en los tiempos de don Pedro, un vasto campo de luchas civiles, de guerras exteriores, de rencillas, desafíos y crímenes que mal podríamos comprender en nuestros días.

Entre estas luchas figuraba en primer lugar la establecida entre el rey y sus primeros súbditos. Una escala descendente y ascendente que constituía a los pecheros vasallos de vasallos y a los reyes señores de señores, era el principal obstáculo que impedía al poder ejercer a la vez su influencia igual y equitativa por toda la extensión de sus dominios.

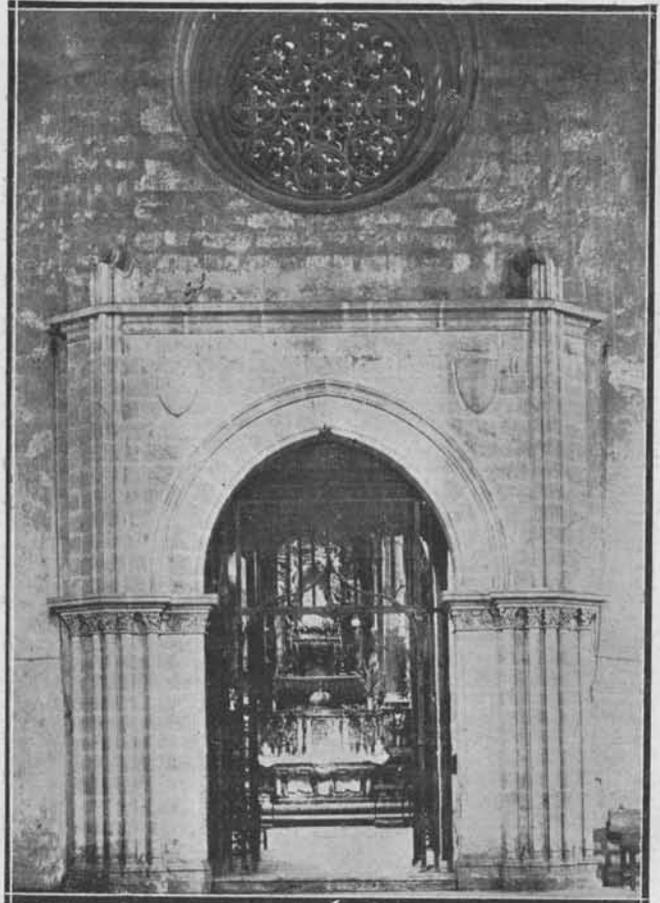
Cada noble, cada monasterio, cada señor osado, suplantaba, usurpada funciones del Poder real y rentas de la colectividad, haciendo una vana sombra de la autoridad del monarca, precisado siempre a mendigar los

hombres de armas que sólo podían proporcionarles para la guerra los ricos hombres que los sostenían a sus espensas, y por consiguiente a su devoción.

Esta servidumbre de la corona, al paso que inutilizaba toda la energía de un buen rey y sus buenas intenciones, era la causa por entonces irremediable de la impunidad de los delitos de los grandes señores que torpemente se dejaban arrastrar a toda clase de pasiones.

«Los hombres más nobles²⁷ y principales se dejaban ganar por dineros

Portada de la capilla del Rosario, fundada en 1409 por doña Leonor López de Córdoba, para enterramiento de su padre, don Martín López de Córdoba, heróico defensor de Carmona.



y vendían descaradamente los beneficios que con sus cargos podían hacer». Esta afirmación, que pudiera parecer dura, es de un autor cordobés que en su «Historia de Córdoba» (1) retrata de mano maestra el relajamiento de la nobleza y la debilidad del poder real,

Robustecer, consolidar, constituir sobre fuertes bases la preponderancia del poder real; unificar los fueros de España y matar la rebeldía de la

(1) Ramírez de Arellano.

alta nobleza y del alto clero, apoyándose en la clase media y en el pueblo, tal fué el pensamiento que Don Pedro I de Castilla no pudo ver realizado, y que dos siglos más tarde llevaron a cabo los Reyes Católicos.

Hombre de progreso y de reforma, hizo causa común con la baja nobleza y con el pueblo, sosteniendo durante todo su reinado sangrienta lucha contra la organización feudal todavía demasiado fuerte.

Sucumbió en la demanda, mas, el pueblo que lo vió justiciero, gran soldado, triunfador siempre, tuvo para don Pedro la reparación que mentidos historiadores le negaron.

¿No fué don Pedro I de Castilla el que repudió al legado del Papa que se excedió en su cometido?

¿No fué él quien, sin base alguna, improvisó y organizó la primera armada de Castilla que consiguió vencer y humillar la hasta entonces invencible flota aragonesa, sin cuyo permiso *ni aún los peces podían surcar las aguas del Mediterráneo*? ¿No fué este mismo rey el que derrotó los ejércitos de Aragón en cuantas ocasiones lucharon contra Castilla y el que incorporó a la Corona el señorío de Vizcaya?

¿No fué él quien levantó esa maravilla que aún admiramos del Alcázar de Sevilla y el que protegió las artes? ¿Quién, sino él, hubiese realizado por completo la Reconquista cuando ya había hecho tributario suyo al reino de Granada y su rey le debía el trono y la vida?

Don Pedro, vencedor siempre, luchador infatigable que contaba con su pueblo, pagó en Montiel la debilidad que su generosidad le dictara en Nájera cuando derrotado el bastardo y sin salvación posible, no quiso asegurar la victoria al precio de un fratricidio.

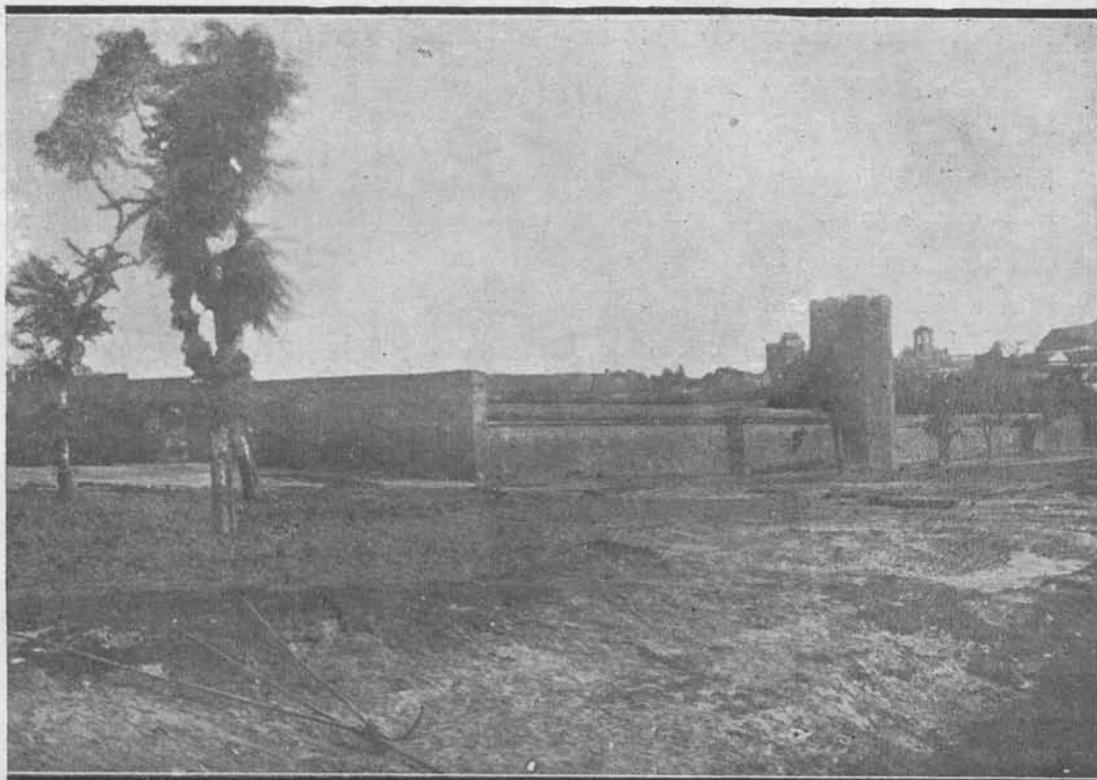
Muerto el rey, sus enemigos no son generosos en la victoria, y acumulan todo género de horrores sobre su memoria y cual monstruo sangriento le presentan al juicio de la posteridad.

De las páginas escritas por sus enemigos saldrán elementos de juicio suficientes a demostrar la falsedad de sus afirmaciones y que permitan dibujar, siquiera sea a grandes rasgos, las figuras grandes y nobles de los que con don Pedro compartieron las injusticias y los rigores de la historia.

Es caso frecuente en la vida de las Monarquías, lo mismo que en la vida de los individuos, verse aquellas rodeadas en los días de esplendor y poderío de legiones de individuos que al amparo de dichas instituciones viven y medran, siendo difícil, por no decir imposible, determinar cuales son los verdaderos adictos, de los que sólo por intereses materiales están ligados a la corona. Si ésto, como decimos, es casi imposible determinar y

deslindar en días de ventura y bienestar, hay por el contrario otras circunstancias en la vida de dichas instituciones, en las que ellos mismos se deslindan y se clasifican sin necesidad de disolventes, son los días aciagos en que la adversidad se ceba y el dolor franquea las puertas de los poderosos.

Por ello, no vamos a ocuparnos de los días en que don Pedro, señor



Las murallas del Alcázar de Córdoba

de Castilla, ocupa el trono de sus mayores en todo su poderío y en todo su esplendor. En estos días, todos, leales y traidores, conviven junto al trono.

Hay que buscar los días aciagos en que la traición y la conjura minan el poder real, y estos días han llegado para don Pedro.

El rey emprende el regreso de Burgos a Córdoba en demanda de recursos que oponer al bastardo, y en sus huestes va ya la traición y la deslealtad. En sus huestes figuran las mesnadas de Alonso Fernández de Sotomayor, de Lope Gutiérrez y de Gonzalo y Diego Fernández de Córdoba. También le acompaña el maestro don Martín López de Córdoba, que con el rey continúa hasta Sevilla.

Apenas trasponen las puertas de Córdoba, los nobles citados con casi todos los de la Casa de Córdoba, alzan el estandarte de la rebelión, y Gonzalo de Mexía, maestre de Santiago, que había tratado la venta con los señores de la Casa de Córdoba, acude presuroso a posesionarse de la ciudad de la que son expulsados los partidarios de don Pedro.

Por fortuna, Dios ha querido que aparezca un documentó preciosísimo procedente del Archivo Catedral de Córdoba, que se conserva en la Academia de la Historia, en el que, como afirma el culto Catedrático don Antonio Jaén, figura la nómina completa de los partidarios de don Enrique y el precio de su traición.

Frente a estos nobles, de alguna manera hemos de llamarlos, que deshonran a Córdoba, puede nuestra ciudad poner con orgullo los nombres de Martín López de Córdoba, Fernán Rodríguez de Aza, Sancho Miñer de Villendra, Rui García, Lope Rodríguez de Aza y cien más que la desgracia y el infortunio borró de las páginas de la historia, y que quizás algún día puedan conocerse si, como hasta el presente, la investigación histórica va encontrando documentos que disvirtúen la crónica de Ayala.

En estos momentos de desgracia es cuando la figura de don Martín López de Córdoba se agiganta y se muestra en toda su nobleza y lealtad.

La crónica de Ayala, que mancha a los partidarios de don Pedro imputándole todo género de crímenes, tiene su pluma ante este ilustre cordobés. Insinúa una deslealtad del Maestre, acusándole de avisar a los sentenciados por don Pedro, para que puedan escapar de su justicia, y sin duda el remordimiento le hace desistir de la afirmación y se contenta con cubrir su mentira con un *se decía que el Maestre los avisó*, y cuando trata de pintarlo frente al monarca, la misma crónica desvirtúa sus conceptos al decirnos que por su consejo trasladó don Pedro sus tesoros desde el castillo de Almodóvar a la fortaleza de Carmona. Que acosado y sin recursos, el rey tiene que marchar en demanda de las tropas del príncipe Negro, y que en esta peregrinación sólo le acompaña don Martín y algunos caballeros de su casa. Que, pactadas las condiciones de la ayuda, necesita el rey una prenda que garantice la palabra real, y don Martín deja en rehenes su esposa y sus hijos, y es el medio para que el rey recupere su corona y su reino.

En todo momento la figura de este cordobés insigne aparece leal y desinteresada lo mismo en los días de triunfo que en los de la más ruda adversidad.

Si la crónica de Ayala no tuviese el vicio de origen que hemos señalado al empezar estas mal hilvanadas cuartillas, sus mismas páginas van a confirmar una vez más su inexactitud en otro episodio de la historia de Córdoba.

Don Pedro, repuesto en el trono de Castilla por la victoria, quiere castigar la traición de los nobles que se pusieron frente a sus banderas.

CARMONA

Interior de la Puerta de
Sevilla



Reune sus tropas, y reclamando el auxilio de su fiel aliado de Granada, viene contra Córdoba que, atemorizada, se dispone a sufrir la justicia implacable del Rey. Los nobles que no confían en el pueblo ni en el esfuerzo de su causa, se disponen a vender sus vidas y mandan cortar el puente. Don Pedro y su aliado llegan ante Córdoba, y del primer asalto se apoderan del Alcázar y sus banderas tremolan triunfadoras, no sin cruenta lucha y, cuando la ciudad está en sus manos, los elementos se

conjuran contra las huestes del rey e interrumpen la pelea ante el temor de quedar incomunicados entre el río y la ciudad. Una formidable tormenta y una rápida crecida del río obligan a las tropas de don Pedro a repasar a nado el Guadalquivir y a esperar en sus tiendas que el temporal disminuya. Este no cesa, y para no permanecer inactivos frente a Córdoba los ejércitos, emprenden el regreso a Sevilla y Granada, respectivamente, destruyendo a su paso las fortalezas y caseríos de los nobles rebeldes.

Esta jornada sangrienta y desastrosa para los nobles cordobeses, se convierte en las crónicas locales en una magnífica victoria.

Puestos a fantasear, señalan al ejército de don Pedro «7.000 caballos ginetes y 80.000 infantes e ballesteros doce mil». Mas como estas cifras son disparatadas y descubren la falsedad al menos versado en historia, el mismo Ayala se avergüenza del torpe engaño, y en su crónica abreviada rebaja la cifra, espontáneamente, y dice: «hasta 5.000 ginetes e de pie peones e ballesteros 30.000».

Es decir, que de una crónica a otra escamotea 52.000 hombres.

La contradicción es manifiesta, y por sí sola sería suficiente a demostrar la animosidad del que escribe, pero queremos que otros documentos hasta hace poco desconocidos de los historiadores locales, desvirtúen esta falsa página de las crónicas.

El desconocimiento de la lengua arábiga por parte de los cronistas cordobeses, ha hecho posible la continuación del error hasta nuestros días, ya que todos ellos, como afirmaba Gracia Dei, van unos tras otros como las ovejas, y en este caso, todos siguen la crónica de Ayala.

No quiere decir ésto que falten escritores sinceros que manifiesten su desconocimiento de los hechos, y así vemos como Ramírez de Arellano desmiente a las crónicas y genealogías cordobesas, a las que califica de «tejido de embustes y de suposiciones sin fundamento», y al hablar de estos hechos dice de Ruano Girón que «no sabe otra cosa que lo que dice la crónica, que es lo que nosotros hemos puesto».

El sabio orientalista Gaspar Remiro, al traducir la Correspondencia diplomática entre Granada y Fez (siglo XIV), llena el vacío de las crónicas cristianas, deshace las contradicciones que en ellas se notan, y sobre todo, nos da la clave de hechos que hasta el presente no tuvieron explicación.

En dicha correspondencia se comprenden diferentes cartas del famoso Aben Aljatid, el ilustre literato, historiador y visir del reino granadino, en las que se habla extensamente de los sucesos que reseñamos.

La primera carta en la que el ilustre visir de los Alhamares se refiere a Córdoba, va dirigida al Jefe de la Meca y dice así: «Luego sitiámos a Córdoba, metrópoli de estas ciudades infieles, mansión de abundantes beneficios, y a punto estábamos de destruir su defensa inexpugnable, de dis-

CARMONA
Puerta de Sevilla



persar a su multitud congregada, sino lo hubieran impedido las lluvias...» «el rey de los cristianos en los pactos mútuos que teníamos aceptados... nos cedió cuatro castillos...»

Otra carta interesante en extremo es la de Mahomet V al sultán de Fez, en la que comunica el resultado de la campaña contra Córdoba en unión de don Pedro y sus partidarios el año 1368, que no reproducimos por no cansar vuestra benévola atención.

Sus afirmaciones son tan categóricas y sinceras que no dejan lugar a duda alguna, y confirman que la batalla de los Visos, que Ayala silencia

como todo cuanto supone mengua para los partidarios de don Enrique, fué una completa derrota para los rebeldes cordobeses, y que todo cuanto se ha escrito sobre esta falsa página de la historia local es pura fantasía y literatura.

Bella página la que nos presenta a la madre del Adelantado diciéndole antes del combate: «mirad hijo, que me dicen salís a entregar la ciudad a nuestros enemigos: recordad que en vuestro linaje no ha habido traidores: no hagáis menos que vuestros antepasados»: y no menos bella la respuesta: «Señora, en el campo se verá la verdad».

Estas palabras, que serían sublimes de ser ciertas, resultan ridículas al ser inventadas por los cronistas y puestas en boca de traidores a su rey y a su patria, y que nos llevan a recordar a Pero Díaz de Aguayo, que por haberle quitado el rey la fortaleza de Castroviejo, cuya custodia tenía, entregó la fortaleza de Cabra al rey moro de Granada, que la hizo derribar y se «llevó cautivos todos los cristianos, hombres, mujeres (1) y niños», a Gonzalo de Aguilar y su hermano Hernán-González de Aguilar, que se hicieron vasallos del rey de Granada, y desde sus castillos de Aguilar y Montilla empezaron la guerra contra Córdoba misma; al mismo Adelantado y a cuantos los muros de Córdoba cobijaban que un año antes habían vendido su espada y su esfuerzo al bastardo estipulando, con su representante el Maestre de Santiago, el precio de la traición.

Las mismas crónicas cristianas van a darnos la conformidad de su falta de lógica y de veracidad.

Dice la crónica de Córdoba que las tropas enemigas» aterradas volvieron las espaldas, y a más correr se encaminaron a Castro del Río, dejando ricos despojos a los cordobeses».

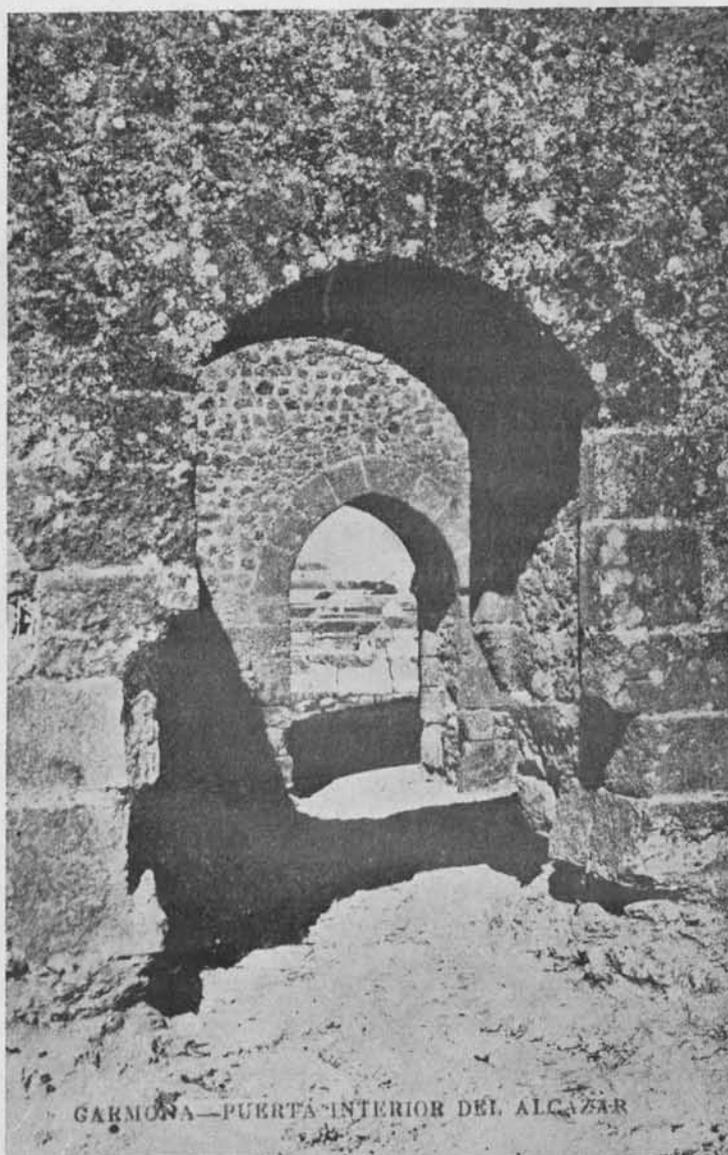
Por otra parte, la crónica de Montemayor nos dice: «habiendo cercado Castro, Mahomet de Granada, acude el Adelantado desde Montemayor, y con sólo setenta de a cavallo y pocos de a pié, logró penetrar en la villa aprovechando la noche y una fuerte tormenta, peleando tan notablemente, que aún salió con grandes heridas, los moros espantados de su fortaleza alzaron el cerco».

Cotejando las crónicas cristianas con las cartas de los granadinos, podemos apreciar la veracidad de estas últimas. Las tropas regulares de Córdoba son derrotadas en la batalla de los Visos; sus soldados dispersos huyen a la desbandada perseguidos por la caballería ligera de los árabes,

(1) Ramírez de Arellano. «Historia de Córdoba».

que libres de obstáculos y de enemigos, pueden pasar a nado el Guadalquivir y tomar en el primer asalto el Alcázar Viejo, y confiar en la toma de la ciudad al siguiente día si las lluvias no lo hubiesen impedido.

El Adelantado, que sin duda formaba con las tropas que salieron a luchar al otro lado del río, cortando el puente para seguridad de la población, es derrotado y obligado a refugiarse en su castillo de Montema-



GARMONA—PUERTA INTERIOR DEL ALCÁZAR

yor, donde según la crónica se encontraba al ser atacado Castro por las tropas de Mahomet de Granada a su regreso de Córdoba, y la misma crónica nos dice que seguía el temporal de lluvias que, providencialmente, salvó a los nobles cordobeses de un castigo ejemplar.

Menos de un centenar de hombres, según nos dice la crónica del Ade-

lantado, pudieron vencer en Castro a los 80 ó 100.000 hombres que Ayala, en su *Veras crónica*, adjudica al ejército de Mahomet de Granada.

Como vemos señores, la lógica anda escasa en los escritos de aquellos tiempos.

* * *

No hemos de insistir sobre este extremo. En el curso de los sucesos, Ayala nos va desmostrando su apasionamiento y la parcialidad con que escribe la historia del reinado de don Pedro.

El bastardo recibe el auxilio de los mercenarios franceses capitaneados por Duglesclín, y el final del drama se acerca.

Don Pedro, rendido por el continuo batallar, lacerado su espíritu por la muerte de su esposa doña María de Padilla, y acosado por la rebeldía, acude a detener la marcha de su enemigo sin esperar la llegada de sus leales.

Los dos ejércitos se encuentran junto a Montiel, donde las tropas de don Pedro sufren un descalabro que no puede subsanarse, ya que, antes de que pudiesen llegar las tropas del Maestre, que a marchas forzadas se dirigían al real castellano, la traición y la perfidia del que los historiadores llamaban el *caballero sin miedo y sin tacha*, consumó el regicidio más horrendo que registra en sus páginas la historia.

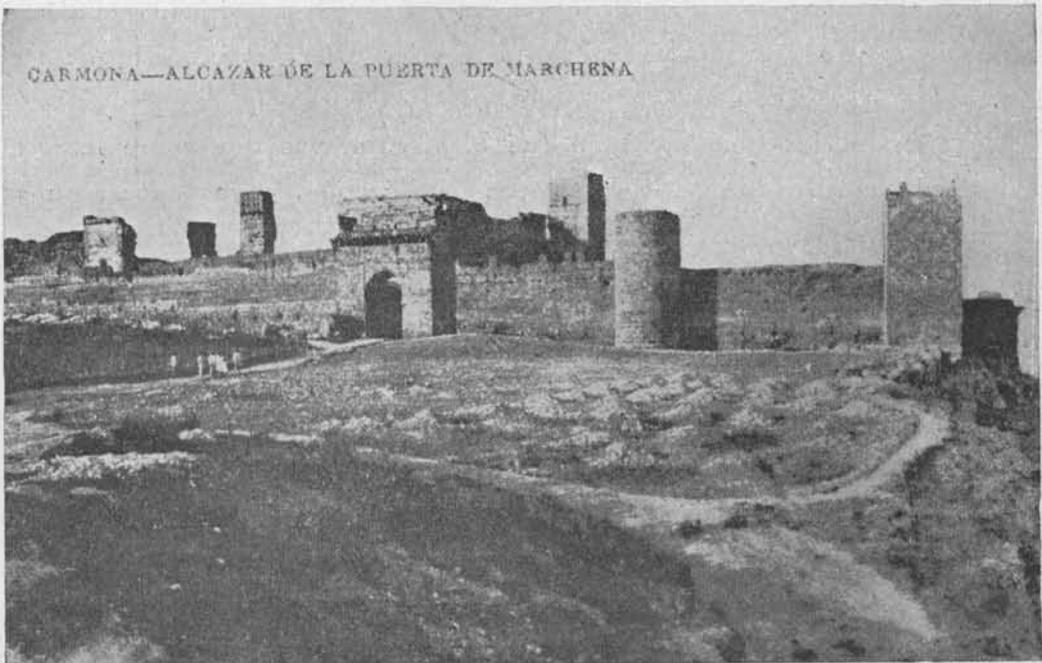
«Venían con el Rey don Pedro esa noche don Fernando de Castro, e Diego González de Oviedo, fijo del Maestre de Alcántara, e Men Rodríguez de Sahabria, e Fernan Alfonso de Zamora e Garci Fernández de Villodre».

Del mismo modo que la crónica nos da a conocer los nombres de los que acompañaron a don Pedro a la tienda de Duglesclín la noche trágica de Montiel, así debieran serlo también, y por sus respectivos nombres los castellanos y franceses que acompañaban al fratricida. Por suerte para ellos han desaparecido todos los documentos que podrían cubrir por fuerza de infamia a los actores del drama que para siempre quedó envuelto en el misterio y la sombra.

Las tropas derrotadas de don Pedro no se someten al vencedor y van a refugiarse en las fortalezas y ciudades vecinas. El pueblo, que ama al rey don Pedro, niégase a reconocer al fratricida y le hace sufrir la humillación de ver las puertas de las ciudades cerradas a su paso y negada la sumisión, que sólo alcanza por la fuerza.

Ayala en su crónica y Froissard en la de Duglesclín, nos dicen que

fué necesario enseñar la cabeza del asesinado en Montiel, a las ciudades de Castilla, para que, convencidas de su muerte, se sometieran a la obediencia de don Enrique. Es Ayala quien nos dice que Toledo tardó catorce meses en abrir sus puertas, y cuando lo hizo no fué por voluntad de sus habitantes, sino obligada por el hambre tan rigorosa, que una mujer se comió su propio hijo. Es Ayala, quien nos dice que se tomaron por la fuerza Zamora, Ciudad Rodrigo, Logroño, Vitoria, Salvatierra, Santa Cruz, Requena, Molina, Alcántara, Valencia de Alcántara, Tuy, Santiago, Lugo, La Coruña y cientos de villas y castillos que, fieles a la memoria



de don Pedro, cerrando sus puertas al bastardo, y hasta ciudades hubo que por no aceptarle, se separaron de Castilla.

Digno ejemplo de fidelidad a la memoria de un rey a quien sus enemigos llamaban el *tirano malo*, pero al que, el pueblo, con su instinto certero, reconocía como su defensor y como su caudillo.

De intento hemos dejado de consignar la conducta de don Martín López de Córdoba en estos tristes sucesos. Al emprender la marcha don Pedro para combatir al bastardo, llama a su leal Maestre, que a marchas forzadas se dirige al real castellano. En su camino, nos dice la crónica, «algunos de los del Rey Don Pedro que partieron de allí, fallaron a Martín López de Córdoba, que venía a campañas del Rey Don Pedro, para ser con él en la batalla, e contáronle como el Rey Don Pedro e los que con él eran avían seido desbaratados. El Maestre Don Martín López, des-

que sopo estas nuevas tornose para Carmona, do estaban los fijos del Rey Don Pedro».

Nada espera ya de Don Pedro, y entonces es cuando entre tantas infamias y traiciones se alza arrogante la figura del Maestre de Calatrava que, fiel a la memoria de su rey, tórnase a Sevilla, y recogiendo el sagrado depósito de los hijos de Don Pedro y sus tesoros, va a encerrarse con ellos en los muros de Carmona, y durante dos años sostiene enhiesto el estandarte del rey legítimo a pocos pasos de la corte del usurpador.

Dos años en que ante los muros de Carmona se estrellaron los esfuerzos de los soldados de Don Enrique, y en los que los sitiados realizaron proezas de troyanos como las calificara Gutier Díez, el cronista de Pero Niño.

Dos años en los que Carmona fué la afrenta viva que sobre la frente del bastardo lanzaba don Martín López de Córdoba, cuyos entusiasmos y esfuerzos secundaban ilustres capitanes, entre los que la nobleza de Córdoba estaba dignamente representada.

Carmona, celosa defensora de los hijos de Don Pedro, situada en una eminencia que la hacía inexpugnable y defendida por don Martín y sus caballeros agrupados bajo el pendón real, no podía ser tomada por las armas, y don Enrique comisiona al Condestable para que trate los términos en que sería entregada la plaza y las condiciones que para ello exigirían sus heroicos defensores.

¡Noble y leal don Martín de Córdoba!

Convencido de la inutilidad de continuar la lucha y sin esperanza de un cambio en la marcha de los sucesos, nada pide para él, y sólo impone como condición única la libertad de cuantos encierran los muros de Carmona, en cuyo recinto no habría de entrar don Enrique ni uno sólo de sus soldados, hasta tanto que las hijas de Don Pedro y sus tesoros no hubiesen llegado a Inglaterra, donde serían llevadas por hombres de la confianza del Maestre, cuyo regreso, una vez cumplida su misión, había de esperar don Enrique para tomar posesión de la plaza.

Aceptadas las condiciones, parten las Infantas acompañadas por nobles cordobeses, a cuyo frente figura Alfonso Ruíz, que por este hecho fué conocido por el *de las Infantas*, sobrenombre que como apellido de tan ilustre linaje ha llegado hasta nuestros días, y a su regreso cumple el Maestre su promesa entregando la fortaleza de Carmona, que no pudo vencer la fuerza de las armas, pero que consiguió vencer la traición y la falsía de don Enrique.

Dueño éste de la plaza, manda prender al Maestre y a Mateo Fernández de Cáceres, guardasellos de don Pedro, y conducidos a Sevilla fueron decapitados, faltando una vez más don Enrique a la lealtad y a la fe juradas.

Ayala, en su crónica, atenúa las faltas de don Enrique unas veces y otras las calla en absoluto, mientras que todos los actos de Don Pedro y de sus partidarios, aún los más heroicos y nobles, se presentan con la duda y la insidia que siembran en el ánimo del lector la desconfianza.

Al mismo Maestre llega a tacharle de traidor a Don Pedro, cuando la



conjura de Córdoba, aunque, como siempre, agrega a continuación que «ésto no se sabía de cierto».

Esta manera de relatar los hechos culmina en la rendición de Carmona, cuya capitulación altera diciendo que fué pedida por el Maestre, y que en virtud de ella se comprometió a entregar preso a Mateo Fernández de Cáceres, guardasellos del Rey.

Por fortuna para la verdad histórica, el hallazgo de un documento de la época hasta hoy poco conocido, permite reivindicar la memoria de don Martín López de Córdoba, al que después de su heroísmo y muerte intentó infamar con torpe felonía el *verídico* cronista de don Enrique, tratando de oscurecer la ilustre figura del que, por derecho propio, ocupa el lugar preferente del nobiliario cordobés.

El documento, procedente del Convento de San Pablo de Córdoba, dice

así: «e fué así que cuando el Rey Don Pedro quedó cercado en el castillo de Montiel de su hermano el Señor Rey don Enrique, mi padre bajó a la Andalucía a llevar gente para socorrerlo, y llevándola, halló que era muerto a manos de su hermano, y vista esta desgracia, tomó el camino para Carmona, donde estaban las señoras Infantas hijas del Señor Rey Don Pedro y parientas tan cercanas de mi marido y mías por mi madre; y el Señor Rey Don Enrique viéndose Rey de Castilla se vino a Sevilla y puso cerco a Carmona, y como es villa tan fuerte estuvo muchos meses cercada... y el Señor Rey Don Enrique, visto que no podía por fuerzas de armas entrarse a satisfacerse, mandó al Condestable de Castilla tratase de medios con mi padre e los medios que mi padre trató fueron dos: el uno que las Señoras Infantas las habían de poner libres a ellas y a sus tesoros en Inglaterra antes que él entregase la Villa dicha al Rey, y así fué fecho, porque mandó a unos escuderos suyos naturales de Córdoba y de su apellido que fuesen con ellas y la demás gente que le pareció. El otro capítulo fué que él e sus hijos e valedores y los que habían asistido por su orden en aquella Villa fuesen perdonados del Rey y dados por leales a ellos e a sus haciendas, y así lo dió firmado el dicho Condestable en nombre del Rey, e de allí fueron el e sus hijos a la demás gente a besar la mano del Rey, y el Rey don Enrique mandolos prender y poner en las Atarazanas de Sevilla, y el dicho Condestable, visto que el Señor Rey Don Enrique non le había cumplido la palabra que el había dado en su nombre al dicho Maestre, se salió de su corte y nunca más volvió a ella; y el Señor Rey mandó que le cortasen la cabeça a mi padre en la plaza de San Francisco de Sevilla, y que le fuesen confiscados sus bienes y los de su yerno valedores y criados; e yéndole a cortar la cabeza encontró con Mosen Beltrán de Clequin caballero francés que fué el caballero que el Rey Don Pedro se había fiado dél que lo ponía en salvo estando cercado en el castillo del Montiel, no cumpliendo lo que le prometió, antes lo entregó al Rey Don Enrique para que lo matase; y como encontró al Maestre dijole: «Señor Maestre, ¿nom vos decía yo que vuestras andanzas habían de parar en esto? y el respondió: «Más vale morir como leal, como yo lo he fecho, que non vivir como vos vivis, habiendo sido traidor «Y estuvimos los demás que quedamos presos nueve años hasta que el Señor Rey Don Enrique falleció...»

Este documento curiosísimo se conserva en el archivo de la Academia de la Historia y arroja copiosa luz sobre el desenlace que tuvo el drama de Carmona. Su autor, doña Leonor López de Córdoba, hija del muy

honrado Maestre don Martín, describe con toda claridad y concisión los hechos de que fué testigo.

En su redacción no se advierte ánimo de defender a Don Pedro ni de inculpar a Don Enrique, y siendo cierto en todo cuanto no está en contradicción con la crónica de Ayala, debe serlo en lo que ésta se opone.

El cadáver del heroico don Martín fué enterrado en la iglesia de San Francisco, de Sevilla, donde permaneció hasta la muerte de don Enrique que, al otorgar su testamento, ordenó la libertad de doña Leonor y de su esposo, únicos supervivientes del largo cautiverio, así como ordenó la restitución de los bienes que habían sido confiscados.

Años después, restablecida en sus estados Doña Leonor López de Córdoba, hizo levantar la capilla del Rosario en San Pablo de Córdoba, y fueron definitivamente sepultados los restos del que, a semejanza del heroico Fernán Ruíz de Castro, sobre la sepultura pudo escribirse:

«AQUÍ YACE TODA LA LEALTAD DE ESPAÑA
Y TODA LA ENTEREZA Y DIGNIDAD CASTELLANA».

ANTONIO SARAZÁ Y MURCIA.

